

MARCHA DE PROCESIÓN

JESÚS DE LAS PENAS

COMPOSITOR: ANTONIO PANTIÓN PÉREZ

AÑO DE COMPOSICIÓN:1943

“LA SENCILLEZ DE LO SUBLIME”

Cuando escuchamos, analizamos o interpretamos esta marcha, nos llama poderosamente la atención su introducción, con un “obstinato” al unísono, en modo menor. Genera una “tensión calmada” como haciendo referencia a un “dolor resignado”, que a medida que avanza, va separando los instrumentos graves de los agudos, buscando, sin perder el obstinado, el cenit de esa tensión.

A simple escucha, esta introducción parece fácil de interpretar, pero conseguir un ensamblaje en los enlaces de intensidad para no perder la contextualización de la obra, emitir los sonidos en las entradas aisladas de instrumentos tan delicados como la trompeta, y afinar los agudos, no están al alcance de cualquier Banda de Música.

El tema en Modo Mayor se plantea con una sencillez armónica, melódica, rítmica e instrumental admirable.

En cuanto a la armonía se plantea en una sencilla tonalidad de Do M, utilizando notas de paso con insinuaciones al 5º grado (Sol M), con una horizontalidad maestra, superponiendo la melodía al contrapunto y viceversa.

En cuanto a la figura rítmica utiliza las negras, blancas y redondas (figuras fáciles de interpretar, técnicamente hablando) con una musicalidad llena de mucha sensibilidad.

Y en cuanto a la instrumentación, Pantió se decanta por una sensación tímbrica protagonizada por la sección de viento madera para transmitir su música en esta marcha, donde incluye, por su elasticidad sonora, a la trompa, al bombardino y al fliscorno, capaz de fundirse (o confundirse) con los saxos y clarinetes, como ocurre en esta marcha. El resto de instrumentos es utilizado para “colorear” esta sensación tímbrica, pero de una manera sutil.

El mismo título lo dice todo, no se puede expresar más con menos. Con dos elementos, (introducción y tema) en una estructura ternaria (Introducción-Tema-Introducción), utilizando una sola tonalidad, Do, en modo menor y Mayor, sin entrar en una armonización complicada, con una figuración rítmica fácil de tocar (que no interpretar), y con una instrumentación simple... consigue, elevar lo sencillo a una atmósfera sublime.

Una introducción, un tema, una tonalidad y un timbre, dan como resultado (en este caso), una obra maestra, que si la escuchamos contemplando el rostro de la imagen a la que está dedicada (Jesús de las Penas de San Vicente), comprenderemos el misticismo de la música y la musicalidad de lo divino.

Análisis realizado por: Francisco Pizarro Gómez (Profesor de Música en el CPM “Cristóbal de Morales” de Sevilla)